



Su revolución es una larga paciencia, tejida en muchos años de exilio, y hasta su regreso se ha hecho con cierto cálculo.

ría más dura que el régimen del Sha, trata de sostener al Ejército a su favor, negocia, busca soluciones intermedias. Es indudable que los retrasos en el regreso del ayatollah han sido pequeñas victorias, y el evitar que la República Islámica se plantease simultáneamente al regreso de Jomeini ha tenido también una gran importancia. Pero está emplazado. Hay gestos que no puede hacer o que va a tratar de hacer demasiado tarde. No se atreve todavía a proclamar la República democrática y constitucional, primero porque tiene miedo de que el Ejército no le apoye, segundo porque piensa que debe retrasar ese paso con el fin de no aumentar el triunfalismo de los religiosos. La aplaza hasta un próximo referéndum, hasta una reforma constitucional y unas elecciones generales. No le va a dar tiempo...

La otra solución que pueden estar estudiando Estados Unidos y la URSS —en conjunto, o cada uno por su parte— es la de resignarse al ayatollah Jomeini y a su República Islámica bajo ciertas condiciones. Es decir, que el petróleo siga estando donde estaba, y las empresas extranjeras trabajando; que la expansión religiosa se contenga en las fronteras del Irán, que los chiitas no traten de hacer prosélitos más allá —en la URSS, en los países árabes—. En otras palabras, que haya un pacto.

El pacto es todavía posible. Jomeini presenta unas condiciones que no son únicas en los grandes figurones musulmanes de la Historia, comenzando por el propio Mahoma: la capacidad de llegar al máximo está limitada por la necesidad de no ir más lejos de lo posible. Una de las bases del Islam es el "qadar", que significa medida; otra es el

"jihad", o el ejercicio de la máxima capacidad de poder de cada uno. Parece que Jomeini ha exigido y se exige a sí mismo esta necesidad de llegar al máximo, y esta otra obligación de la medida, de la limitación ante lo imposible: su revolución es una larga paciencia, tejida en muchos años de exilio, y hasta su regreso se ha hecho con cierto cálculo. Puede ser que esté calculando continuamente las posibilidades de su implantación dentro de la medida de lo posible, y sin llegar a lo que podría ser la destrucción de su país, de su fe y de su persona. Se sabe que ha tenido negociaciones con enviados de Estados Unidos; no se sabe, pero puede haberlas tenido, con representantes de la

URSS. Debe saber hasta dónde se puede llegar demasiado lejos. De lo que no hay ninguna seguridad es de hasta qué punto los acontecimientos están en sus manos y hasta dónde un cierto paso occidental en el enfrentamiento del pueblo religioso y el Ejército o el Gobierno de Bajtiar pueden precipitar una serie de acontecimientos; que bala mal calculada o disparada como al azar puede desencadenar, realmente, la "guerra santa". En la que ya no habría posibilidad de regreso ni capacidad para predecir el futuro. Ni siquiera en el Oriente árabe, donde la sensación de frustración por los largos años de tensión y por la imposibilidad de encontrar salidas honestas puede canalizarse de pronto por esta vía. Es posible que para Israel el tema primordial sea lo que vaya a suceder en Irán; como lo está siendo para los gobernantes árabes, sobre todo para Egipto, Arabia Saudita y Jordania, para los emiratos del golfo Pérsico.

Parece que el interés primordial de las grandes potencias es el de apagar el fuego del Irán. Si es posible con Bajtiar, mejor. Si no lo es, negociando con Jomeini, situándolos en el límite de sus propias posibilidades, pactando con él. De otra forma, el incendio puede devorar una serie de países y ponerlo todo en una situación de catástrofe.

IRAN, REPUBLICA ISLAMICA

ES el retorno de lo divino, escribía recientemente André Fontaine en "Le Monde". La bancarrota del racionalismo. Wojtyła, en Puebla, y Jomeini, en Teherán. Cuando las ideologías terrenas fracasan (el famoso desencanto no es algo privativo de estas latitudes), les llega el turno a los pescadores de la fe.

En México, el Papa ha dejado las cosas bastante claras. Ha repetido una vez más eso de "al César lo que es del César...". Lo malo es cuando los Césares se llaman Pinochet, Videla o Tachito Somoza. Por el contrario, el ayatollah Jomeini, que pretende ver su país convertido en una República Islámica, confunde a Dios y al César. Y con ello no hace sino mantenerse fiel al Islam, palabra que, como sabemos, significa "sometimiento (a Alá)".

Porque en el mundo islámico, ambos aspectos —el religioso y el civil o político— han estado indisolublemente unidos desde el comienzo. Las fuentes de la fe y del Derecho son las mismas: el Corán, palabra revelada; la suna, tradición

iniciada por los usos y dichos del profeta, según quedaron registrados en el Hadith, y el Ijmá' o consenso de la comunidad de creyentes, representada por los ulama o doctores, depositarios de la ortodoxia de la fe. El Shar'ia o Derecho musulmán, de inspiración divina e inmutable, regula todas las actividades de la comunidad: desde el comercio hasta la guerra, las relaciones con otros pueblos y los fieles de otras religiones. Infringir la ley islámica es también pecar contra Alá, que fue quien la dictó. Por eso, a cualquier violación corresponde no sólo una pena civil, sino también un castigo religioso.

Sin embargo, los chiitas, a los que pertenece el ayatollah Jomeini, constituyen a su vez una secta heterodoxa dentro del islamismo. Una secta que tiene su origen en el Califato de Alí, yerno del profeta por su matrimonio con Fátima, hija de Mahoma. Alí, cuarto Califa del Islam, estableció su capital en Cufa, Irak. A su muerte, el centro político del Islam se trasladó a Siria, hecho frente al cual se levantaron los ára-

Lo que es imposible de precisar ahora, y desde aquí, es cuál es la capacidad de resistencia de los iraníes moderados ante el gran aquelarre del ayatollah Jomeini, y cuál es el riesgo que corren de verse a su vez desbordados por un golpe militar. La oferta de Bajtiar de producir un Gobierno de unión nacional, en el que estuvieran representados miembros de la oposición religiosa designados por Jomeini, llega también demasiado tarde. Jomeini insiste en que ello sería posible si Bajtiar dimitiese. Pero, ¿quién podrá ocupar este puesto?

Por el momento, no hay más que enigmas propios de toda situación en la que el control se ha perdido. Pero no hay que olvidar que una de las muchas posibilidades que se ofrecen es esta de la guerra santa, que abarcaría desde las Repúblicas soviéticas fronterizas hasta los musulmanes del otro lado del Mediterráneo, incluyendo los no chiitas, en una zona donde los grandes intereses mundiales están cruzados: es decir, que podría ser el acontecimiento más grave del mundo desde el final de la segunda guerra mundial: sin comparación posible con las guerras de Indochina y de Argelia, con la revolución cubana o el bloqueo de Berlín, por citar algunos de los puntos que fueron —y todavía son— candentes en los años pasados.

bes de Cufa, que trataron de restaurar el Califato de la Casa de Alí.

De esa forma, el chiismo comenzó siendo un movimiento político de oposición a la clase gobernante, que era ortodoxa o sunita. Pero la incorporación de elementos esotéricos procedentes de otras religiones asiáticas, debido a la propia expansión del Islam (1) haría que, frente a los sunitas, para quienes el Califa era simplemente la cabeza política y religiosa de la comunidad, sin funciones interpretativas en material legal o de fe, los chiitas reconocieran a los Imanes la capacidad de interpretar el Corán y llegarán, en algunos casos, atribuirles carácter casi divino.

Entre las sectas en que se divide a su vez el chiismo, la más importante —la de los imami—, mayoritaria entre los persas y que cuenta con numerosos adeptos en la India, Irak y Siria, reconoce a doce imanes, el último de los cuales, Moha-

(1) Ver "El mahometismo", de H. A. R. Gibb. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. Segunda edición. México, 1966.

EL ROSTRO DEL AYATOLLAH

ME está pareciendo que la fascinación que está ejerciendo la situación del Irán debe mucho a la persona que la caracteriza: el ayatollah Jomeini. Si fuera así, sería peligroso. Sobre todo en España donde todos llevamos dentro un ayatollah dormido: intransigente, fanático, colérico y profético. A veces, salta, y salta donde menos se espera. Ionesco vio de pronto la metamorfosis de sus contemporáneos en rinocerontes y suscitó teatralmente, y en un momento oportuno, algo que los filósofos conservadores estaban presintiendo con terror: la masificación, la aparición del hombre-masa. Pero quizá no estaba más que a la mitad del problema. Ver crecer en el semejante el cuerno del rinoceronte y oírle bramar, y pensar que uno está al borde de lo mismo, es la mitad de aterrador que ver cómo crece en nuestro interlocutor la barba profética de Jomeini, el turbante de la guerra santa, la mirada rígida y perdida en el horizonte, atravesándole a uno y sin importarle el razonamiento.

Y todavía sigue sin percibirse más que la mitad del terror, porque la mitad que falta es la de verse uno mismo considerado por los demás como un ayatollah, el miedo a asomarse al espejo una mañana y verse crecer barba y turbante. Quizá queden unos minutos de lucidez para poderse decir: "Ya me han convertido en lo que yo más temía, ya han hecho de mí la imagen del fanatismo". Después, quizá no quede más que el odio. Que, como los buenos psicoanalistas saben, es sobre todo una proyección hacia fuera del odio que se pueda tener uno a sí mismo.

La vuelta a los profetas coléricos, a los milenaristas, a los hombres de Dios podría ser un síntoma de regreso de nuestro tiempo. Habíamos quedado en que los hombres fundamentales estaban siendo borrados de la gobernación del planeta, y en que quedaban atrás los Hitler y los Stalin, los predicadores de la Santa Cruzada o de la guerra santa. Habíamos supuesto que todo ello era un progreso, y que los rostros grises de las direcciones colegiadas eran una abstracción de la voluntad colectiva. Un triunfo sobre la Edad Media, tan próxima. Sobre las hogueras de la Inquisición, sobre las cámaras de gas, sobre la intolerancia de unos con otros. Habíamos quedado en ello, quizá, demasiado pronto. Las direcciones grises y los presidentes cuatrienales, en realidad, podrían seguir enviando a la gente a la hoguera, o a la asepsia del paredón. El terrorismo no tiene el rostro del hombre fundamental, no tiene ningún rostro: es apenas la voz lejana que reivindica por teléfono el acto criminal. Estábamos más decididos a morir sin ver el rostro de quien nos mata, o viendo un rostro amable y sonriente de gran político a quien no tiembla la mano a la hora de enviar gente a la muerte, casi ennoblecido por el alto sentido del deber.

Verle de nuevo el rostro al enemigo, colocar sobre su cara el turbante verde de los descendientes de Alá, ver asomar las barbas de Jomeini, nos produce un nuevo terror. Verlo en el vecino o en el tenido por amigo y compañero es una de las experiencias más seguras para caer en la paranoia.

Y saber que se cierran las alternativas y que los profetas de la cólera no nos dejan más salida que su rostro de guerra santa o el rostro del Sha, puede hacer una pintura siniestra del mundo en estos momentos.

Con la esperanza, al fin, de que todo ello no sea más que, como diría Fernández Flórez, visiones de neurastenia. Es mucho más tranquilizador creer que uno está neurasténico y paranoico a creer que la realidad tiene un rostro de ayatollah.

POZUELO

IRAN

med al-Muntazar desapareció en torno al año 873, y todavía se aguarda su regreso.

Esa secta es la que encabeza ese ulama de setenta y ocho años, que desde su exilio en Neauphle-le-Château, localidad próxima a París, ha teledirigido la caída del Sha. El mismo hombre que en 1963 se enfrentó ya a la llamada "revolución blanca" de Reza Pahlevi porque iba contra las leyes del Islam y porque colocaba al país en manos de los yanquis. El violento sermón pronunciado entonces por Jomeini motivaría su arresto y posterior expulsión del Irán. No sin que antes varios millares de seguidores del ayatollah, que se habían manifestado contra su detención, cayeran acribillados por el Ejército.

Una vez cruzada la frontera, el ayatollah se estableció primero en Irak, país que en aquel momento tenía serias diferencias con el Irán por el apoyo que el Gobierno del Sha prestaba a los rebeldes curdos. Tímido, sin embargo, el Gobierno de Bagdad, de mayoría sunita, del predicamento del ayatollah entre el 40 por 100 chiita de la población irakí, acabaría también expulsándolo en octubre del año pasado. Fue entonces cuando Jomeini se estableció en las proximidades de la capital francesa para desde allí lanzar sus llamamientos a la población del Irán contra la dinastía del Sha y a favor de la implantación en su país de una República Islámica.

Estos días, la prensa occidental ha publicado extractos de un libro que contiene las lecciones pronunciadas por Jomeini durante su exilio irakí, en la Universidad Teológica de Nadshaj. He aquí algunos párrafos, ciertamente sacados de su contexto, pero que pueden servir, pese a todo, para hacerse una idea de cómo concibe el ayatollah un Gobierno inspirado en las leyes invariables de Alá:

"Ni las leyes del bloque oriental ni las del bloque occidental posibilitaron por sí solas el alunizaje del hombre —puede leerse en 'El gobierno islámico'—. Son leyes antagónicas. Por mí pueden (los occidentales o los orientales) aterrizar en Venus. A mis ojos, unos y otros están atrasados porque son incapaces, en sus sociedades, de llevar a su cumplimiento las virtudes morales. Sus conquistas materiales han ido siempre en detrimento del progreso espiritual".

En el mismo libro, Jomeini afirma también: "En el gobierno islámico no caben las opiniones propias ni tampoco los sentimientos individuales. El profeta, el Imán y los hombres se someten, por el contrario, a la voluntad de Dios y de sus leyes". "Queremos un gobernante que sea capaz de cortar la mano a su propio hijo si éste es un ladrón, capaz de azotar o apedrear a sus allegados si han cometido alguna impureza".

¿Simples metáforas? Seguramente no. Estos castigos ejemplares son moneda corriente en otros países islámicos tenidos muchas veces por progresistas. Claro que las categorías de "reaccionario" o "progresista" presuponen muchas veces un sistema de valores inaplicables al mundo islámico.

Sea como fuere, lo cierto es que muchos países de la zona —y no sólo los emiratos del petróleo, sino también Israel y la URSS hubiesen preferido seguramente que continuase la tiranía del Sha a un régimen como el que parece anunciarse. En el caso de Israel, porque Jomeini es un antisionista declarado que ve en los judíos una fuerza oscura que intenta dominar el mundo. La URSS, porque teme que el ejemplo del nacionalismo islámico prenda un día en sus extensas y populosas Repúblicas asiáticas. ■

JOAQUIN RABAGO.

